

Salpicón científico

IV.-No juremos en vano

El ser humano, a fuerza de ver un objeto, una persona, un árbol, un animal o una estrella, llega a perder la conciencia del significado, proporciones, estructura y destino de lo que ve. Esto, claro está, en referencia a aquellos seres humanos que tienen conciencia de algo, pues hay muchos que no la tienen de nada. Como decía Hernández Catá, vivimos en un mundo de milagros, pero el hombre, a fuerza de verlos, ya no hace caso alguno de ellos y todos le parecen sin gracia ni interés.

Aquí tenemos, por ejemplo, el sol. Son muy pocos los seres que tienen conciencia de su estructura, proporciones y destino y apenas si hay unos pocos más que tengan conciencia de su significado. Tan acostumbrados estamos a verlo y sentirlo, que no nos preocupamos de saber lo que pasa en él y de lo que pasará. Creemos que el sol tiene la obligación de "salir" todos los días y que nada ni nadie podrá revelar^{l v}lo de esa obligación. Confiado en ello, juramos por él: "estoy tan seguro de lo que digo como de que el sol ha de salir mañana", "lo juro por esta luz que nos alumbra", etcétera. Entretanto, ignoramos que llegará el día en que esos juramentos caerán en desuso y que no podremos, afirmándonos en el sol, asegurar nada.

En efecto. Sabemos que todo lo que irradia calor o luz, aunque sea una vela de a cuarenta centavos, pierde energía y, en consecuencia, peso. Y como este peso no es reemplazado, la masa irradiante, disminuyendo así de volumen, llega al fin a desaparecer. Si recordamos que el sol emite la más poderosa luz natural que ~~miramos~~ ^{de gozamos}, nos daremos cuenta de que su pérdida de peso debe ser enorme. Efectivamente: el sol pierde, por minuto, trescientos millones de toneladas de peso.

Esta cifra nos da una idea de la inmensidad de la masa solar, idea que se hará más grande si recordamos que el sol no ha empezado a irra-

diar hoy ni anteayer sino hace millones de años. A pesar de esa pérdida y a pesar de esos millones de años, su peso y su poder luminoso no han disminuído gran cosa, lo suficiente, sin embargo, para permitir que la vida fuera posible sobre la tierra.

"La edad del sol -- dice Crowther -- puede ser fácilmente calculada suponiendo que la pérdida de peso se haya realizado siempre en la misma proporción que ahora, y admitiendo que nunca haya pesado más de cien veces lo que hoy pesa. Como hay que suponer que en sus primeras épocas radiaba de un modo más poderoso que actualmente, es probable que su edad no sea superior a cinco billones de años."

Pero nada ni nadie puede irradiar impunemente energía, luz o calor. Un miliecurie de radium irradia durante dos mil años y al fin se convierte en plomo. ~~Lo mismo pasa con todo lo irradiante.~~ Si el sol irradió, hace millones de años, ~~de un modo más poderoso que ahora,~~ no hay duda de que dentro de otros tantos millones irradiará de un modo más débil que hoy, lo cual significará que se va extinguiendo. ¿Cuánto tiempo transcurrirá antes de ~~cuarenta mil~~ ^{y débil} que se convierta en una blanca estre-
estimar
lla? Cálculos prudentes aseguran que ese tiempo se puede ~~calcular~~ en quinientos billones de años. Transcurrido ese minuto de la eternidad, el sol será todavía apreciable y continuará en ese estado de inanición durante muchos siglos, hasta que algún accidente o un cambio de ritmo en el universo lo relegue a la oscuridad completa.

Tenemos, pues, quinientos billones de años por delante. No es mucho, es cierto, pero peor es nada. Y ya que los tenemos, aprovechémoslos para jurar a gusto, pero no en vano,

Manuel Rojas